

Los niños tamaulipecos dibujan a su médico

Con todo cariño y afecto, envío unos trabajos de niños del taller de creatividad infantil para que sean tomados en cuenta para el Concurso de dibujo infantil Mi médico y yo.

Esperando que dicho concurso sea todo un éxito, los felicito por su apoyo y preocupación por el arte infantil. Gracias.

Mtro. Jesús Huerta Hernández

7/8 Matamoros S/N

Zona Centro, Cd. Victoria, Tamps.

Desde Nuevo León

Soy un asiduo lector de su revista desde el primer número. Reciba mis felicitaciones, y mucho agradeceré me envíe la Memoria del III Simposio Internacional CONAMED y el Cuaderno de Divulgación La CONAMED y la educación médica.

Dr. Antonio A. Pimentel

Vicepresidente de la Asociación

Neoleonesa de la Calidad de

Atención a la Salud.

Cerrada Galera 601,

Col. Cumbres 4º Sector.

C. P. 64610. Monterrey, NL.

Solicitud Costeña

De la manera más atenta ruego a usted se me envíe la Revista CONAMED, la cual considero de un alto contenido académico y de invaluable apoyo para el trabajo médico. Agradeceré me la hagan llegar.

Dr. Agustín Cedeño Montenegro

Av. Xalapa 205,

Col. Unidad del Bosque,

C. P. 911010, Veracruz, Ver.

Ojo clínico

Paulina Domínguez Albín

Una nueva oportunidad de vida

Presentamos el testimonio de una adolescente, donde se describe cómo cambió su vida el

trasplante de hígado que esperó durante varios años. En esta ocasión, más que dar la palabra a los médicos, optamos porque a través de Ojo Clínico muestre con detalle la intimidad del paciente.

Fue un 22 de mayo de 1985 cuando mi mamá me dio a luz. Yo nací muy sana, aparentemente; conforme los doctores me fueron revisando se dieron cuenta de que no andaba muy bien, pues estaba amarilla. Al principio, los médicos pensaron que era normal y le dijeron a mi mamá y a mi papá que con unos baños de sol bastaría para acabar con el pequeño problema.

Empezaron los baños de sol y la ictericia no se quitó; mi mamá acudió de nuevo al doctor y éste le dijo que mi situación no era normal. Aunque me sometieron a muchos análisis y estudios, no encontraron la enfermedad. Finalmente, los doctores dedujeron que debían hacerme una biopsia para saber qué me pasaba. Esa biopsia tuvo la medida de todo mi abdomen, y el resultado fue una hipoplasia de vías biliares. Ése es el nombre en términos científicos; su significado es que yo no tenía suficientes vías biliares para drenar la bilis, lo cual afectaba gravemente al hígado, pues toda la grasa se acumulaba en él.

Estuve internada tres meses en el hospital y salí un día antes del terremoto del 85. Dios no quiso que yo estuviera ahí; de otro modo, probablemente hubiera perdido la vida.

En ese entonces no había cura para mi enfermedad. Lo único que me podía salvar era un trasplante de hígado que en México aún no existía.

Cumplí mi primer año. Era una niña normal: iba a la escuela como cualquier otro niño, sólo que con algunas restricciones alimenticias: no podía comer cosas que tuvieran mucha grasa. En mi primer aniversario mis papás estaban felices porque yo seguía viva. No se sabía con exactitud cuánto tiempo iba a vivir. Transcurrieron los años, pero conforme pasaban, mis ojos se tornaron más amarillos; en consecuencia, tenía que sufrir diariamente las humillaciones de mis compañeros.

Cuando cursaba tercero de primaria tenía nueve años. Había vivido mucho ya. Un día cualquiera, al regresar de las labores escolares, me sentí muy mal y tuve una hemorragia. Había llegado el momento de hacer algo rápidamente.

Mis papás buscaron ayuda en diferentes hospitales para hacerme un trasplante, pero sólo se realizaban en los Estados Unidos. Gracias a que mis papás habían ahorrado dinero desde mucho tiempo antes, mi mamá logró comunicarse al Children's Medical Center of Dallas y preguntó por el costo del trasplante: 300 mil dólares, cantidad que mis papás, aun con todos sus esfuerzos, no tenían. Así, comenzaron a recabar donativos de empresas, artistas, negocios, casas particulares, y buscaron ayuda por medio de cartas a periódicos y programas de televisión. Yo ya estaba inscrita en el Programa Nacional de Trasplantes de Estados Unidos.

A raíz de la hemorragia partimos de emergencia a Estados Unidos, mientras mis familiares conseguían más fondos. Mi mamá y yo nos instalamos en una casa especial para los trasplantados —una casa muy bonita, con un ambiente de armonía, llena de actividades y juguetes para los niños— y acudimos al hospital, donde hicieron mi historial médico.

En el hospital nos dieron un biper; cuando éste sonara tendríamos que trasladarnos rápidamente, pues un órgano estaría listo para mí. Mientras tanto, no nos quedaba más que esperar. Para que no estuviera pensando en la operación me llevaban al cine o al parque, pero cada vez me sentía peor: estaba agotada y siempre quería estar dormida. No tenía energías para divertirme, ni hambre. Estaba muy asustada.

Una noche el biper sonó y me desperté llorando, porque sabía que era el momento de irme. Cuando llegué al hospital me canalizaron y me prepararon para la cirugía; me introdujeron una sonda por la nariz, pero no la aguantaba. Tenía ganas de arrancármela. Esperé aproximadamente tres horas a que llegara el órgano y, finalmente, dijeron que no estaba bien para mí. Todo fue una falsa alarma. Quién sabe cuántas más serían y cuánto tiempo más esperaría.

Transcurrieron 15 días y volvió a sonar el biper. Regresamos al hospital con miedo y, al mismo tiempo, con la esperanza de que ese día me operaran. Inmediatamente, mi papá tomó un vuelo a Dallas. Era el 14 de marzo de 1995. Como la anterior ocasión me prepararon, sólo que esta vez no dejé que me pusieran la sonda. Preferí tomar un galón de agua salada para lavarme el estómago. Las enfermeras decían que no iba a aguantarlo, que lo devolvería, pero me lo propuse y tomé no sólo uno, sino un galón y medio.

Pocos minutos antes de la intervención mis papás y yo platicamos acerca de la cirugía, aunque yo no quería conocer nada acerca de ella porque tenía mucho miedo. Una de las cosas que debía saber era que no iba a poder hablar después de la operación: tendría que escribir para comunicarme. De camino a la sala de operaciones le dije a mi mamá: “¿Y si ya no te vuelvo a ver?” A las dos se nos llenaron los ojos de lágrimas.

Me llevaron a una enorme habitación con gigantescas lámparas y muchos doctores y enfermeras; después de eso sólo recuerdo que un doctor me pidió que cerrara los ojos y me dormí. Mis papás esperaban afuera; cada hora las enfermeras les informaban lo que habían hecho en los últimos minutos. Por la misma dificultad de la intervención la recuperación era otro paso difícil, pues cualquier complicación sería muy peligrosa

La anestesia duró mucho. Recuerdo que cuando abrí los ojos mi papá estaba junto a mí. Más tranquila, volví a dormir. No podía hablar, porque tenía un tubo en la boca que llegaba hasta el estómago; ni escribir, pues tenía colocados muchos sueros, tantos que era difícil mover las manos para comunicarme a señas. También recuerdo que me dolió muchísimo la herida, la cual se parecía al símbolo de la Mercedes Benz. La cicatriz abarcaba lo largo y ancho de mi estómago y tenía aproximadamente 45 grapas.

El primer día que estuve consciente me ayudaron a caminar. Todavía tengo presente que era muy difícil: apenas pude dar un paso, pues casi no sentía las piernas. Era muy doloroso: mientras estuve en terapia intensiva me tenían que cargar para cambiar las sábanas de la cama. Todo fue diferente cuando me pasaron a mi habitación. Me sentía mucho mejor, aunque tenía que moverme en silla de ruedas. Las enfermeras estaban sorprendidas por mi rápida recuperación.

Nunca en la vida voy a olvidar todo lo que sucedió.

En la actualidad tengo 13 años 8 meses y casi 4 años de haber sido trasplantada. Llevo una vida muy normal y nadie me molesta, porque ya no tengo los ojos amarillos. Cada año me realizo exámenes en Dallas y afortunadamente todo está muy bien. Sólo tomo, de por vida, una medicina que es muy cara: cada frasco tiene un costo de 300 dólares y me dura aproximadamente un mes. Pero gracias a eso, y al esfuerzo de mis padres, estoy viva.

Volví a nacer.

Por eso yo le llamo a este texto “Una nueva oportunidad de vida”.

El ser ante la muerte